

20

LA PELÍCULA SELECTA



NO HAY JUEGO SIN TRAMPA
por CHARLES RAY

25 CTS.

W.B. 133/

Charles RAY

LA PELICULA SELECTA

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1496 A.

Año I || Barcelona, 6 Julio de 1925 || N.º 30

NO HAY JUEGO SIN TRAMPA

Interesante novela cinematográfica, de costumbres americanas, basada en la película de igual título, marca «Gaumont»

The Deuce of Spades 1922

CONCESSIONARIO: **“GAUMONT”**
Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

*VENUE
page 9*

PROTAGONISTA:

CHARLES RAY

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



I

En Boston, capital del Estado de Massachusetts, del condado de Su-Holk, de los Estados Unidos, tenía Cristino Amós, allá por el año 1898, establecido un acreditado restorán económico.

Dicho restorán, estaba situado junto al parque Common, en el corazón de la grandiosa ciudad, famosa en América y en el mundo por su importante puerto. El parque Common, encerraba, ya en aquella época, valiosos monumentos y artísticas esculturas, esparcidas por el vasto parque.

El negocio de Cristino Amós, iba viento en popa, habiendo realizado en pocos años importantes ganancias; pero, a pesar de todo esto, Cristino estaba descontento de su oficio. Eso de estar constantemente con las manos puestas en el asador y oler a aceite crudo y a especias, no le seducía.

Creía nuestro héroe, como otros muchos habitantes de Boston, que el oeste pintoresco y rico era una tierra de promisión y hacia el oeste volaba su imaginación y su deseo, soñando en poder dirigirse a aquellas regiones con la esperanza de enriquecerse en poco tiempo.

Pensando de esta suerte, Cristino Amós

tomó un día la resolución definitiva: liquidar su establecimiento y marchar al oeste. Anunció, pues, el traspaso del restorán y aguardó, con impaciencia, a que se presentara el ansiado comprador. No tardó mucho en presentarse. La situación del restorán no podía ser mejor, por el sitio en que estaba establecido y por el crédito de que disfrutaba legítimamente. Era de esperar que Amós realizará el traspaso en ventajosas condiciones.

Sólo una dificultad manifestaba el presunto comprador, antes de cerrar trato. Dicíale a Cristino:

—Mire usted, señor Amós: yo le conozco a usted bien y me consta que su parroquia le es muy adicta; o lo que es igual, muy personal de usted. ¿Quién me garantiza que una vez haya vendido usted el restorán, no se le ocurrirá abrir otro en la vecindad?

Cristino lo tranquilizó:

—Puede usted estar seguro de que no será así. Es más, no tengo inconveniente en que conste en el documento de traspaso, mi compromiso formal de no ser, ni de cerca ni de lejos, competidor suyo. No quiero mondar una sola patata más, ni pisar una cocina en lo que me resta de vida.

—Siendo así...

—Así es. En cuanto venda esto, me marcho a Mastana, donde pienso adquirir tie-

rras y dedicarme a la agricultura. Insisto en que puede usted vivir tranquilo y confiado. Nada, amigo; redacte usted mismo el escrito como mejor le acomode. Mientras tanto, daré yo mis últimas disposiciones.

Y mientras el comprador emborroneaba la correspondiente escritura, Cristino avisó a uno de sus dependientes:

—¡Anda, muchacho! Ven de prisa a servir de testigo, no vaya el comprador a volverse atrás.

Ya firmado el documento, Cristino Amós fué despidiéndose de todos y estrechando la mano de su sucesor, le dijo sin hipocresía:

—Que se haga usted rico aquí es mi mayor deseo; que conste...

II

Pocos días después partió Cristino Amós hacia Mastana, decidido a poner en práctica sus propósitos de ser agricultor.

Mastana es uno de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya principal riqueza es la agricultura, aunque también se encuentran con abundancia en su territorio, materiales de construcción y grandes yacimientos de lignito y de petróleo, así como ricos filones de oro, plata y plomo.

Little Bute, es un pueblo de cow-boys, si-



—¿Se ha fijado en el peinado? No puede ser más apabullante

tuado en aquel territorio, en el que Cristino Amós decidió instalarse:

En Little Bute, sólo existía un modesto restorán, lo que da idea de la poca importancia de la población. Este restorán único, lo explotaba, desde largo tiempo, un extraño sujeto, el viejo Bill, del que era fama, que con la misma facilidad preparaba un bifé con patatas, que daba billete de ida al

guapo que pretendiera buscarle las cosquillas.

Dueño de medio pueblo y propietario de un bodegón inmundo con pretensiones de bar, en cuya trastienda tenía instalado un comercio heterogéneo, era Esteban Jenkins, hombre campechano, bonachón, célibe empedernido, que se había traspuesto los cuarenta años, sin sentir la necesidad de formar un hogar.

Otro de los personajes de Little Bute, era el tío Roque, concesionario del juego en el bar de Esteban Jenkins, persona de natural bondadoso, pero que resultaba terrible cuando le acababan la paciencia y le ponían en plan de enseñar los dientes.

Por último, figuraba entre los primates del pueblo, casi con ribetes de autoridad, Carmelo Pearson, más conocido con el sobrenombre de "el tío Rapabarbas", que sabía hacer compatible su misión de "tomar el pelo" lo más artísticamente posible a sus parroquianos, con el desempeño de su cargo de administrador de correos.

Al llegar Cristino Amós a Little Bute, descendió de la diligencia, que desde la estación de Furnace había ido dando tumbos, y entró en el bar.

—Yo soy Esteban Jenkins — saludó éste al recién llegado — y tengo mucho gusto en

ofrecerme a usted y ponerme a su disposición.

—Muchas gracias, amigo. Lo más urgente es que me indique un restorán donde saciar mi apetito. Traigo un hambre voraz.

—Pues le voy a llevar yo mismo al único que aquí existe.

Y Jenkins acompañó a Cristino al bodegón del viejo Bill.

El aspecto exterior del restorán no dejó, en verdad, muy complacido a Amós. Las paredes estaban mugrientas y llenas de desconchados y las puertas y ventanas deterioradas e incompletas.

—¡Ah! Pues no se forje usted ilusiones, — amiguito — le dijo Jenkins entreviendo los pensamientos del viajero. — Lo de dentro es bastante peor que lo que está a la vista.

—Vaya un consuelo! — rezongó el forastero.

—Bueno, hombre. Ahora procure usted llevar la andorga y luego ya charlaremos un rato... si es que sobrevive a la indigestión de microbios...

Aunque el programa no era para seducir a nadie, Amós se resignó a lo irremediable. No le quedaba más remedio que afrontar las consecuencias de su "aventura gastronómica" o quedarse sin probar bocado.

Y eligió lo que de momento era para él un mal menor...

Entró decidido en el restorán y llamó.

Al requerimiento acudió Luisita, la gentil "camarera" del establecimiento.

—¡Caray!—pensó Cristino—. La comida podrá no ser buena, pero la camarera... se las trae.

Y encarándose con ella, preguntó:

—¿Qué hay para comer en este restorán?

—Pues hay... Hay estofado... y huevos... y jamón, y... estofado, y...

—¡¡Bueno! ¡Bueno! Me decido por los huevos y el jamón. Pero deprisa, que me estoy cayendo de debilidad.

—¡Va enseguida!

El viejo Bill, desde la cocina, miraba y remiraba al nuevo cliente, que por su aspecto exterior denotaba ser persona de postín.

—¿Qué vendrá a hacer este pollo al pueblo?—pensaba, mientras disponía los platos demandados.

Luisita comenzó a servir, gentilmente, a Cristino, el que, a pesar del hambre canina que le agujoneaba el estómago, quedó turullat al examinar lo que el plato contenía.

—¡Dígame, pimpollo! ¿Fríen aquí los huevos con betún? ¡A ver!... ¡A ver!... ¡Y



—¡El dos de espadas!!

estos "volátiles", están cazados en la cocina, verdad? ¡Qué asco!

Cristino no pudo disimular la repugnancia que sentía a la vista de aquel condimento inmundo.

—¿Quiere usted café?—inquirió la sirviente.

—¡Venga el café!—repuso Cristino, pensando en ingerir por lo menos algo caliente que le recomfortara el estómago.

Pero si la comida no era apetitosa, ni

mucho menos, el café era bueno para no tomarlo. Aquel líquido negruzco, no era, ni más ni menos, que agua de fregar los platos.

El infeliz viajero estaba desesperado y desesperanzado, reflexionando sobre la perra suerte que le condenaba a no poder tomar ni siquiera un "tente en pie", poseyendo, como poseía, lo necesario para darse un atracón; es decir, hambre y dinero.

Su ensimismamiento, fué interrumpido por el ruido de varias detonaciones, de disparos hechos en la calle. Una de las balas, había hecho añicos el farol del establecimiento.

—¿Qué pasa? — ¿Qué ocurre? — ¿Es que no se puede vivir tranquilo en este pueblo? —inquirió Cristino asustado.

—No se alarme, señor — contestó Luisita, sin inmutarse lo más mínimo, pues debía estar acostumbrada a aquellos "ejercicios" de tiro al blanco.

El suceso, realmente, no tenía importancia alguna en aquel pueblo de cow-boys, donde el revólver hablaba con más elocuencia que la boca, y en el que, cualquier cuestión nimia, se dirimía a tiro limpio.

Lo ocurrido era sencillamente que en las mesas de juego que explotaba el tío Roque acababan de "desplumar" a un parroquiaño, el que al verse con la bolsa exhausta, ha-

bía acudido a aquél, proponiéndole un préstamo de diez dólares.

—Oye, Roque. ¡Me han dejado "boqueras"! Déjame lo que te pido.

El tío Roque no estaba muy inclinado a acceder a la petición.

—¿Quieres prestarme cinco? —insistía el jugador perdidos.

Ni la rebaja del cien por cien, ablandó la resistencia de Roque.

—Para terminar; — ¿me prestas tres? ... —No? — ¿Y uno, uno nada más?

El tío Roque, harto ya del lloriqueo del demandante, decidió poner fin a la escena. Y cogiendo delicadamente a su interlocutor por debajo de los hombros, le dió un soberbio empellón que le hizo rodar hasta mitad de la calle.

Por toda respuesta, el maltrecho sacó su pistola e hizo los disparos que tanto habían alarmado a Cristino Amós.

Al ruido de los mismos había salido de la cocina el viejo Bill y al ver la cara de pánico de Amós, rió a carcajada limpia.

—No ponga esa cara de apuro, joven. Eso no es nada.

—¡Caramba! Se me ha cortado hasta el resuello... Y ¡fíjese! Le han roto el farol de la puerta.

—Sí? — ¡Bueno! Usted comprenderá que no voy a matarlos porque me rompan el fa-

rol. Además, son buenos chicos... Cuando se serenan pagan todos los desperfectos.

En efecto, como para confirmar las palabras del viejo Bill, se presentó al poco rato Li-Sang, un astuto chino al servicio de Esteban Jenkins de cuya tienda traía una nueva lámpara.

—Bill—dijo el chino—, aquí me mandan con este farol. ¡Es el tercero que va esta semana! ¡Y estamos a martes!

Las palabras que acababa de oír, acabaron de poner a Cristino Amós la piel de gallina.

—¡Qué brutos!— pensó.

Y su apetito, ya quebrantado por la desagradable perspectiva de los platos, se le cortó en absoluto.

—¿No come usted?— preguntó Luisita.

—No, gracias... es que... es que ya se me ha pasado la gana...

Y levantándose pidió la cuenta.

—¿Cuánto dice usted que es?

Al decirle Luisita el importe del gasto hecho, sacó Cristino Amós del fondo del pecho una larga media, en cuyo remate llevaba su dinero. Con todo género de precauciones se puso a separar el que debía abonar a la bella camarera.

A Bill no le pasaron desapercibidas las operaciones "bolsísticas" de Amós y las mi-

radas recelosas que echaba de un lado a otro, mientras contaba las monedas.

—¡Este es mi hombre!— pensó Bill.

Y saliendo bruscamente de la cocina, encaró al pecho de Cristino los dos temibles cañones de su revólver.

—¡Manos arriba!

Amós sudaba tinta. Aquello ya era demasiado. Desde que había llegado a Little Bute iba de susto en susto.

Bill abrió un libro cuyas páginas rezumaban aceite y en una de ellas trazó rápidamente unas líneas.

—¡Ahora firme usted esto!— ordenó imperativo.

La orden era tan apremiante, que Cristino no pensó en resistirse. Y firmó donde le indicaban.

Hecho esto, el viejo Bill cogióle con la mayor amabilidad la media, arca de los tesoros de Amós, y afirmó cortésmente:

—¡No vaya usted a pensar que le robo!... ¡Le tomo el dinero legalmente!

Y andando de espaldas hacia la puerta, amenazó:

—Si tiene usted en algo su cabeza, no la saque fuera antes de cinco minutos.

Cristino Amós, casi inconsciente de la realidad, quedó con las manos al aire y los ojos fijos en las líneas escritas por Bill, cu-

jos caracteres bailaban ante su vista una especie de rumba.

Luisita había presenciado aterrorizada aquella escena.

Pasados unos minutos, fué serenándose nuestro hombre, y lleno de consternación, leyó el escrito que tan "espontáneamente" había firmado:

"Por valor entregado, compro la casa de comidas de Bill Stephen."

Mientras, el viejo Bill había ganado la calle y cogiendo el primer caballo que encontró a su paso, huía sobre él rápidamente de Little Bute con el dinero de Amós.

—¡Bill ha robado un caballo! —gritó un viejo indio que le había estado observando.

La gente se arremolinó, comentando el hecho, aunque sin preocuparse de seguir al fugitivo.

—¡Y yo que le había afeitado a crédito más de un mes! —se lamentaba el tío Rapa-barbas.

Cristino Amós, sin salir todavía de su asombro, dijo a Luisita:

—¿Y usted qué piensa hacer? Porque ese sujeto no la menciona a usted para nada en el documento.

—¡Pues eso es lo que me aflige! —contestó Luisita casi llorando. —¡Hace dos días que tenía esta colocación y ahora me veo otra vez en la calle!

—No se apure usted, por eso. Si usted quiere continuar a mi servicio, yo la tomo con mucho gusto.

—¡Ay, señor! ¡Qué bueno es usted y qué peso me quita de encima!

—¿Cómo se llama usted?

—Luisita, para servirle.

—Pues bien, Luisita; ya que por mi desgracia o por mi suerte me veo forzado a hacerme cargo del establecimiento, vamos a trabajar como dos buenos camaradas.

Y Cristino Amós, ahogando sus sueños de hacerse agricultor, pensó en dedicar todas sus energías y conocimientos al negocio que de manera tan inopinada se le había venido a las manos.

III

Lo primero que hizo el buen Cristino fué reformar el restorán, imprimiéndole modernidad y limpieza.

—Aquellos era otra cosa! Ahora daba gusto entrar en la casa de comidas y los parroquianos estaban encantados de la amabilidad del nuevo dueño, y más encantados todavía de los sabrosos guisos con que los obsequiaba.

No había acontecimiento grande ni chico en el pueblo que no se celebrase con un ágape, casi pantagruélico, confeccionado y servido en el restorán de Cristino Amós.

El negocio iba en crescendo y la fama de la casa de comidas se extendía a muchas leguas a la redonda.

—¡Esto marcha, Luisita! ¿Está usted satisfecha?

—¡Ya lo creo, señor Amós! ¡Cuándo había de soñar en llegar a lo que he llegado en esta casa! Todo se lo debo a usted, que me recompensa con exceso.

—¿Quiere no decir tonterías? Hoy sabe usted tanto como yo de cocina, y de lo demás... No hay para qué decir que vale mucho más que yo...

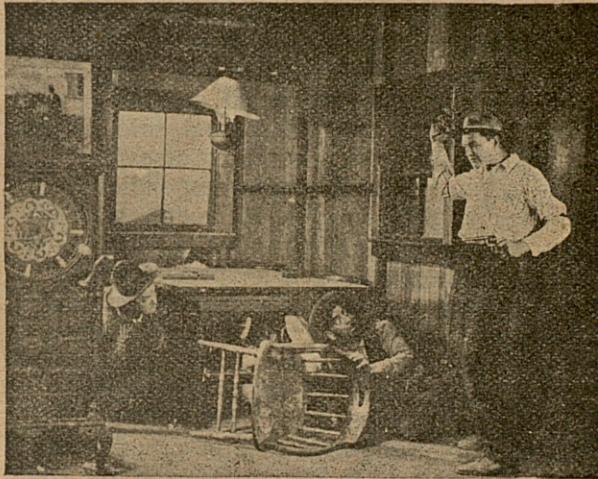
—Es usted conmigo la amabilidad misma.

—Y ¡óigame, Luisita! Yo quería decirle una cosa hace varios días. Verá usted. Yo creo, que una muchacha como usted, agradable, bonita, hacendosa, con un regular presente y con un seguro porvenir, ¡vamos! debe tener ciertas aspiraciones...

—No le comprendo—repuso la muchacha, más bien deseando no entenderle que no entendiéndole en realidad.

—Quiero decir... ser una señora de su casa, por ejemplo. En fin, que me parece que usted debería ir pensando en encontrar un buen marido, un hombre serio, honrado y trabajador.

—Sí... creo que sí... que tiene usted razón—dijo Luisita muy turbada y aturdida.



—¡Arriba las manos!

—¡Bien! ¡Bien! Ya me ocuparé yo de ello en tiempo oportuno.

Y, en efecto, días después Cristino Amós, que apreciaba de veras a la flamante doncella, quiso preocuparse de encontrarle marido...

Salió temprano de su casa y se dirigió al bar, encontrando al tío Roque, que acababa de llegar de la peluquería, presumiendo un rizo gitano que le caía sobre la frente.

—¿Qué tal de salud, Roque?—saludó Amós.

—¡Vamos tirando!...

—¡Hombre! ¿Sabe usted qué he pensado? Que está usted muy mal solo en el mundo y que debería usted casarse.

—¿Y por qué no?—respondióle en chunga el tío Roque—. En cuanto encuentre una muchacha joven, guapa y rica, me unzo al matrimonio en un periquete.

—¿Vamos a dar una vuelta por ahí? Mire, podríamos llegar a casa; ahora están para salir del horno unas tortas que hace Luisita. Venga y las probaremos.

Dirigéronse los dos al restorán y el tío Roque elogió sinceramente el producto culinario salido de las manos de la gentil Luisita.

—¿Qué le parecen, Roque?—insinuó Cristino—. Luisita está hecha ahora una excelente cocinera. No cabe duda de que reúne todas las cualidades para hacer feliz a un hombre.

—Sin duda, amigo, sin duda...

Cuando el tío Roque abandonó la casa de comidas, Amós, frotándose las manos satisfecho, interpeló a la muchacha:

—¿Qué le parece? No me negará usted que es un hombre simpático y de buen gusto. ¿Se ha fijado en el peinado? No puede ser más apabullante...

—Yo no me casaré nunca con un hombre como ése, señor Amós.

Por su parte el tío Roque al llegar al bar, encontró a Esteban Jenkins, al que refirió lo ocurrido.

—Amós quería liarme para que me casara con esa pavitonta que tiene en el restorán. Gracias a que soy zorro viejo y no me dejó echar el lazo con tanta facilidad.

—Pues a mí no me parece nada mal la muchacha—respondióle Jenkins, con los ojos encandilados—. Está como para comérsela...

Cristino Amós no se dió por vencido con el primer fracaso. Al tropezarse casualmente con un rico granjero de su vecindad, pensó que sería un excelente partido para Luisita. Y a boca de jarro le disparó:

—Creo que a usted le sentaría bien el matrimonio.

—¡Phs!—respondió el aludido—. No me sienta del todo mal... Estoy casado hace dos años y tengo cuatro hijos.

Amós marchóse todo corrido, pero terco en su idea, pensó en Carmelo Pearson, y a casa del “tío Rapabarbas” se encaminó.

—¿Sabe usted lo que se me ocurre, Carmelo? Que debería usted casarse.

—¡Hombre! Si es posible que tenga usted razón... Pero nunca encontré en mi camino la muchacha que yo necesito.

—¡Caramba! Yo creo que nunca falta un roto para un descosido; y perdón el símil. ¿Por qué no se viene usted conmigo y se chupará los dedos de gusto comiendo las tortas que hace Luisita?

—Bueno, vamos—accedió Carmelo explicarse aún el motivo de la invitación.

Ya en el restorán y mientras saboreaban las ricas tortas, Cristino hizo el elegio de la muchacha.

—Están riquísimas ¿eh? Hay que bendicir las manos que las hicieron. Le dan a uno una torta así... y le quitan el sentido. Luisita se está haciendo una gran cocinera. Cada día hace nuevos progresos. Yo la he enseñado a guisar, pero la discípula ha salido mejor que el maestro. ¡Una mujer así vale un platillo!

A todo asentía callado el "tío Rapabarbas", mientras devoraba una torta, sin explicarse aun el motivo de la invitación.

Cuando se dispuso a marcharse, hizo la acción de pagar.

—No, no pague... Luisita convida.

—Bien... Y mil gracias. Yo no puedo invitarla más que a tomarle el pelo, Luisita... Con que ya sabe... Si se decide...

Y salió a la calle, pensando:

—¡Bueno! ¿Y a qué ha venido este convite?

Cristino Amós apoyaba a su candidato.

—No me negará, Luisita, que éste es mejor que Roque... Por lo menos se perfuma...

—Pues tampoco me gusta—insistió la muchacha.

Esteban Jenkins, hecho un brazo de mar y procurando disimular la enorme curva abdominal, fué al encuentro de Cristino.

—¿No cree usted que debo casarme?

—¡No! No creo que usted deba casarse—respondió Amós rápidamente.

—¡Caramba! ¿Y por qué no?

—Pues... por algo parecido a aquello de que de los cuarenta para arriba...

IV

Al finalizar un próspero año, liquidado con muy saneadas ganancias, Cristino creyó llegado el momento de tomarse unos días de descanso. Y decidió ir a pasarlos a Boston para saludar a sus antiguas amistades y recordar sus pasados tiempos.

Comenzaba a hacer sus preparativos de viaje, cuando acertó a pasar por el restorán un ruso, vendedor de chucherías y baratijas, que se empeñó en vender a Cristino alguna de sus mercaderías.

—Mire, señor. Aquí traigo todos estos "arreos" típicos de estas tierras. Cómpramelos y así sus amigos de la ciudad creerán que es usted un terrible cow-boy.

Cerraron trato y Cristino se atavió con ellos.

Luego se dispuso a partir.

—¿Se va usted de viaje, Amós? —preguntaron varios de sus parroquianos.

—Sí; voy a tirarme unos días de vacaciones.

—¡Que no tarde! Aquí necesitamos un cocinero como usted.

Llegó el momento de despedirse de Luisita. Estrechó su mano, y con una emoción que a él mismo le extrañaba, le dijo:

—Si usted decide casarse con alguno de los muchachos del pueblo... no deje de avisármelo antes.

Y, sin mirarle a los ojos, añadió:

—El mejor de todos ellos, no vale para descalzarla.

La gentil muchacha, apretándole la mano con dulzura, contestó:

—Váyase tranquilo... Por ahora... no pienso casarme...

En la estación de Furnace se vió obligado Cristino a aguardar una horas la llegada del tren del Este. Aprovechando la forzosa espera, se puso a escribir a Luisita unas líneas. Aunque hacía pocas horas que la había dejado, sentía la necesidad imperiosa de comunicar con ella por el único medio de que podía disponer. Empezó así:

“Querida Luisita: Sólo me separan seis



—¡Vengo a comprar un revólver...

leguas de Little Bute, y ya me parece estar en el fin del mundo, alejado de usted por mares y continentes...”

Cuando aun no había dado fin a la carta, el empleado de la estación anunció en la pizarra de avisos que el tren de media noche no llegaría hasta las dos de la madrugada.

—¡Valiente lata! —comentó Cristino—. ¡Dos horas más de espera!

—¿Matando el tiempo, eh? —dijo una

voz a su lado—. Porque supongo que estará usted esperando el tren del Este.

El que así hablaba era un sujeto de agradable aspecto, llamado Eduardo Cummings, que en unión de su socio y amigo Rodolfo Elliot, se dedicaba a la "noble" tarea de "aligerar de peso" a los incautos.

Cummings era el milano, siempre dispuesto a la caza de pollos a quienes desplumar, y a esta operación contribuía su "honorable" socio por un procedimiento de su invención, casi siempre de resultados positivos.

—Sí, señor—respondió Amós a la pregunta de su interlocutor—. Voy a Boston.

—¡Qué casualidad! Allí tengo yo mi casa y mi familia. Celebro tener un compañero de viaje tan agradable como usted.

—Muchas gracias, señor.

Una hora más tarde, Cristino y Cummings eran los mejores amigos del mundo.

—Dígame usted. ¿Qué haríamos para distraernos hasta la llegada del tren?

—Lo que usted quiera—repuso Cristino.

—Aquí dicen que hay un sujeto, contratasta del juego. ¿Quiere usted que vayamos a echar una ojeada?

—Yo no soy jugador. En mi vida me he visto con las cartas en la mano. Pero si usted quiere, vamos allí y observaremos lo que hacen los demás.

Rodolfo Elliot hacia el artículo:

—Entren, señores. He aquí un juego en el que no se engaña a nadie. Yo apuesto a que entre todas las cartas de la baraja encuentro una determinada, el dos de espadas, por ejemplo. El que quiera, puede apostar en contra mío.

—Este juego es nuevo para mí—dijo Amós al oído de Cummings—. ¿Lo conoce usted ya?

—Nunca lo he visto—respondió éste, denotando inocencia—pero tengo la seguridad de que, si apostase, me llevaría hasta la camisa.

Elliot seguía su peroración:

—No duden, señores. Aquí se juega limpio. Tienen noventa y nueve probabilidades contra una para vencerme. Yo mantengo mi apuesta.

Por casualidad, o, tal vez combinado con los dos inmorales socios, el empleado de la estación, que se había dormido sobre una mesa próxima, hizo rodar ésta con el peso de su cuerpo.

Al ruido que ello produjo, volvióse rápidamente Elliot.

Aprovechando esta oportunidad, Cummings cogió de la baraja el dos de espadas y deslizó la carta en el bolsillo de Amós.

—¡Cállese!—recomendó a éste—. El

dos de espadas está en su bolsillo. Si él no se ha dado cuenta, apostaremos.

Elliot, repuesto del fingido susto, barajó tranquilamente las cartas.

—¡Apuesten sin miedo! ¡Vamos! ¡Voy a empezar!

—¡Muchacho! ¡No se ha enterado! No soy jugador, pero me parece tonto desperdiciar una ocasión como ésta.

Y dando el ejemplo, puso unas monedas sobre la mesa.

Cristino siguiendo el ejemplo sacó a su vez también algún dinero.

—¿No pone usted más que esto? —le preguntó Elliot. —¡No se arruinará jugando, amigo! ¡Vaya! ¡Apuesten! ¡No pongo límite!

—Ahora o nunca, muchacho —le tentaba Cummings—. ¡Apuéstelo todo!

Picado por las palabras de Elliot y seducido por las de Cummings, se decidió Cristino. Y volcó sobre la mesa cuanto dinero llevaba.

Con el corazón oprimido, esperó el resultado de la jugada.

Y asombrado hasta lo indecible, vió como Elliot, de entre las cartas que tenía extendidas sobre la mesa, cogía una y la mostraba a los presentes.

—¡¡El dos de espadas!!

Cristino quedóse turulanto. Aunque lo sos-

pechara todo, le era imposible reclamar. En el bolsillo, con premeditada alevosía, le habían puesto algo que le obligaba a enmudecer.

V

A pesar de la deficiencia de las comunicaciones, no tardó en llegar la noticia a Little Bute.

—Nuestro simpático cocinero —comentaba uno— tiene mucho cuidado en no gastar su dinero aquí, pero va a la estación de Furnace a que se lo timen.

—Ayer le timaron por el procedimiento del dos de espadas —decía otro.

—Y ahora el hombde vuelve a pie —terció un tercero — ocultándose por los atajos, para que nosotros no sospechemos nada...

—¡Muchachos, tengo una idea! —resumió Esteban Jenkins. —¡Vamos a gastarle una broma!

Y dirigiéndose al restorán de Cristino, adornaron todas las paredes con la carta fatal, el dos de espadas, y compusieron también con cartas una salutación: “¡Bien venido!”

Cristino Amós, como don Quijote después de una de sus desgraciadas aventuras, volvía triste y cariacontecido hacia el pueblo.

Al llegar dirigióse al bar de Esteban Jenkins. Este le saludó socarrón:

—¡Qué pronto ha regresado usted de Boston, Amós!

—Vengo a comprar un revólver—contestó con sequedad.

Pasaron a la trastienda.

—Le recomiendo éste; es el último modelo... Y éste también es magnífico.

—¡Deme los dos!

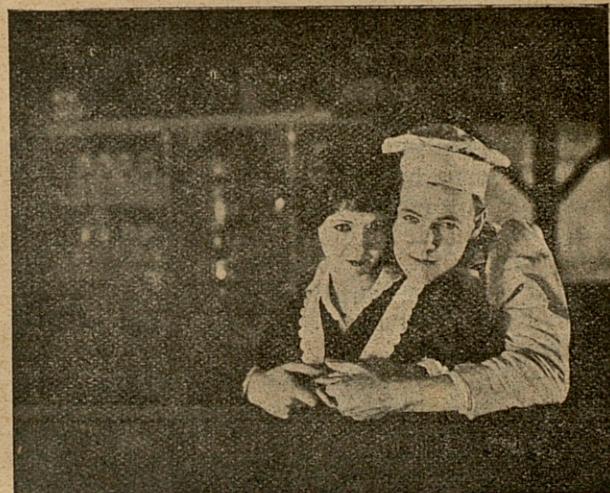
Y colocándoselos en el cinto, salió afuera. Todos le miraban extrañados, no atreviéndose a embromarle, pues la cara de Cristino era de pocos amigos.

Amós puso una de las cartas fatídicas sobre un pajar para ejercitarse su puntería y disparó sus dos pistolas sobre el dos de espadas.

Al ruido de los disparos, salieron a la calle todos los que estaban en el bar, con Jenkins a la cabeza.

—¡Miren a Cristino! ¡Está disparando! ¡A ver si me mata el burro, que está ahí detrás del pajar!

Amós se acercó para ver si alguna de las balas había hecho blanco, y al cerciorarse de que la carta estaba incólume, introdujo un dedo a través de ella con el mayor disimulo y la envió por el aire al grupo donde vociferaba Esteban.



—¡Cristino! ¡Te quiero!

Jenkins recogió la carta y al verla tras pasada, exclamó:

—¡Caracoles! ¡Pues ha dado en el medio! ¡Vaya una puntería!

Y volviendo al bar dijo a sus parroquianos:

—La exhibiremos, ¿eh, amigos? No todos los días un aprendiz enseña a los maestros...

Y colocó la carta agujereada en un lugar preferente, como testimonio patente de la hazaña del simpático cocinero.

Entre tanto Eduardo Cummings y Rodolfo Elliot habían llegado a Little Bute, dispuestos a seguir su "honrosa" profesión constante en atrapar incautos con el truco de su invención.

Sin sospechar que en aquel pueblo vivía una de sus recientes víctimas, se dirigieron al restaurán de Cristino, para reparar sus fuerzas.

Al entrar se sorprendieron desagradablemente al ver el adorno de las paredes del establecimiento.

—¡Es raro esto, Rodolfo! Apostaría a que alguien de aquí ha perdido su dinero al dos de espadas!

—Me parece que tiene usted razón, Cummings. Alguien de este pueblo ha debido de ser víctima de nuestro timo.

—¿Qué hacemos?

—Comamos cualquier cosa, y vámonos a otra parte con la música. Creo que es lo más prudente.

Cristino, desde la cocina, había visto con estupefacción la entrada de los dos pájaros y no sabía qué pensar de la inesperada visita.

Llamó a Luisita y le dijo:

—Salga y vea lo que desean esos caballeros.

Volvió enseguida y dijo a Cristino:

—Piden unos sandwichs de filete.

—Pues se los voy a preparar. Le aseguro, Luisita, que les van a saber a gloria...

Poco después la gentil camarera servía a los forasteros lo que habían pedido.

Se disponían ya Cummings y Elliot a dar buena cuenta de los emparedados, cuando saliendo Cristino al mostrador, le ordenó imperativo:

—¡Arriba las manos!

Los truquistas creían ver visiones al tener delante a su víctima de la estación de Furnace.

—¡Vengan las armas!

Con las manos temblorosas y el pánico reflejado en sus rostros, obedecieron la intimación de Amós.

—Ahora, ¡cómanse eso!

Y con sorpresa creciente vieron que entre el pan y en lugar del filete pedido había un dos de espadas.

—¡¡Cómanlo!!

—No haga el tonto, Cummings—dijo Rodolfo al ver que su amigo se resistía a obedecer la orden—. Está lo bastante loco para disparar.

Y no tuvieron más remedio que engullir el cartón.

La mezcla no resultaba, en verdad, muy agradable.

—¡Esto va ya demasiado lejos!—protes-

tó Eduardo Cummings—. ¿Qué es lo que quiere usted de nosotros?

—Quiero que pongan inmediatamente sobre este mostrador ochocientos cincuenta dólares... ¡Los que me timaron en Furnace!

Los dos timadores tuvieron que depositar sobre la mesa de mármol la cantidad reclamada.

—¡Y ahora, largo de aquí! ¡Deprisa!

Y a empellones los sacó del establecimiento. Armado de las pistolas y para que resultara más elocuente la conminación, fué largo rato detrás de ellos, disparando sin cesar.

Cummings y Elliot volaban, más que corrían, como si tuvieran alas en los pies.

—¡Caray, qué fiera!—comentaba Esteban Jenkins—. Si yo sé esto, a buena hora le vendo las armas.

Al volver Amós al restaurán, Luisita, todavía temblorosa y emocionada por lo que acababa de presenciar, salió al encuentro de Cristino.

Este la acogió entre sus brazos, y estrechándola fuertemente contra su pecho, le dijo con arrebato:

—¡Luisa! ¡Mi Luisa!...

—¡Cristino! ¡Te quiero!... ¡Eres el hombre más valiente y más bueno del mundo!

FIN

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias
20 céntimos número



Suscripción:
2'50 pesetas
trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRATUITO con las 16 composiciones más populares de la temporada



EDITORIAL PEGASO

Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.
BARCELONA